

CAPÍTULO IV

ITALIA, FLORENCIA, SAVONAROLA

El ejemplo dado por Jerónimo Savonarola convencía á todos los ánimos superiores de que un hombre así, alzado á las cimas de la sociedad, y puesto á la cabeza del gobierno, hubiera logrado la reforma universal de la Iglesia, tan necesaria á la salud del mundo. Encontrábase la Edad media en sus postrimerías, cuando el monje comenzó la agitación de los ánimos; y en estos fines y términos de las grandes edades históricas se engendran, se escriben y propagan los ideales, de que luego viven, por siglos de siglos, todas las generaciones. Al terminarse la edad que podremos llamar asiática y ser reemplazados los imperios antiguos por las repúblicas griegas, dió de sí el mundo la religión monoteísta judía, destinada á ser la base eterna de la moral en el mundo moderno. Al terminarse la civilización helénica, en los tiempos en que la liga anfictiónica desaparecía y se engendraba el ideal romano prematuramente concebido por Alejandro, al terminarse esta edad creadora, Grecia dió de sí una obra tan grande como la misma religión judía, al dar el sistema de Aristóteles y de Platon destinados á ser eterna base de la ciencia moderna como el judaísmo eterna base de la moral cristiana. Al terminarse toda la antigua civilización, al concluir el mundo romano, da este su jurisprudencia, base eterna también de las relaciones civiles, como el orientalismo y el helénismo reunidos engendran la idea cristiana, eterna base á su vez de las incontrastables aspiraciones religiosas. Si al terminarse la edad asiática nace la moral; y al terminarse la edad helénica la ciencia; y al terminarse la edad

antigua el derecho y la religión de los pueblos modernos, ¿qué debía suceder al terminarse la Edad media? Nuevas revelaciones venían sobre el espíritu; y se necesitaba para que estas revelaciones no rebasasen del seno de la Iglesia una doctrina, inspirada en los principios evangélicos y conducida por espíritus elevados y superiores á dar ideales nuevos al mundo moderno que nacía y estaba en su prestigiosa cuna. Hé ahí la grandeza de Savonarola, haber sentido este ideal y alcanzado el carácter que debía tener para salvar al mundo; hé ahí la irreparable desgracia de la Iglesia, haber frustrado con una guerra inconsideradísima el proyecto ya maduro y el plan profundamente humano del mayor indudablemente entre los oradores de Italia.

Savonarola empezaba la reforma por sí mismo; y proponía con razón su doctrina, como un ideal, á la inteligencia, sus costumbres como una norma á la vida. Después de reformarse á sí mismo, reformaba á cuantos le circuían en su convento; después de reformar á cuantos le circuían en su convento, reformaba á la ciudad que le tenía en su seno; después de reformar á la ciudad que le tenía en su seno, aspiraba á reformar la nación que le tenía por hijo; y después de aspirar á la reforma de la nación que le tenía por hijo, aspiraba también á la reforma de la Iglesia en que iba como embarcada su alma, con lo cual puede decirse que aspiraba á la reforma de toda la humanidad.

Pocos reformadores, ni en los tiempos antiguos ni en los tiempos modernos, nacieron jamás con vocación tan clara, con aptitud tan propia, con facultades tan maravillosas, con palabra tan caldeada, con talentos tan múltiples, con flexibilidad tan extraña como este monje Savonarola, verdadero redentor de su tiempo. Y bien necesitaba Italia una reforma. Pocos momentos tan críticos en su historia como el momento de la aparición de Savonarola. Precisa estudiar con atención estos días para comprender los gérmenes eternos que van á dejar en la historia. La degeneración del feudalismo en la segunda mitad del siglo décimocuarto trajo el predominio de los condotieros, que sembraron por todas partes la guerra y la amargura. Mas, como quiera que la madurez de la civilización y el progreso de las costumbres substituyó el trabajo y el comercio á la guerra; los grandes señores mercantiles, que eran padres de la patria en Florencia, Dux en Génova y Venecia, ganaron con oro el hierro y consiguieron reducir los condotieros á mercenarios y sujetarlos al

yugo saludable de la autoridad política encargada de romper el feudalismo en sus últimos reductos y echar las bases del Estado moderno en sus comienzos. Es verdad que se compraban las ciudades como pudieran comprarse los predios; y que se ponía insensatamente á una República tan ilustre como la República de Pisa el precio vil de doscientos mil florines; pero también es verdad que el mal no puede extirparse completamente en la historia y que los caminos del progreso resultan siempre ásperos, como procelosos y huracanados los vientos de las nuevas ideas. Las competencias entre las ciudades se aplacaban á veces por la amenaza de los turcos, que las constreñían mal de su grado á pactos bien pronto rotos, así que se pasaba ó el peligro ó el temor. Pero la verdad es que todas las ciudades rendían culto idolátrico al arte y al oro, y que para rendir culto idolátrico al arte y al oro, si bien exageraban hasta excesos y extremos increíbles el comercio y el trabajo, conjuraban también las tremendas violencias de la guerra. Ciudades como Génova vendían sus flotas y sus instituciones cual pudiera venderse la más vil mercancía y quedaban libres y señoras de sí mismas por milagros de habilidad y de prudencia. La hermosa Venecia, esa áurea nave cargada de ricos presentes y ceñida de vistosas banderolas, con su tripulación vestida como para un baile continuo, acertaba á dar á una piratería sin tregua el aspecto maravilloso de un arte sin rival. Florencia, dirigida por mercaderes, ocupados en calcular á la continua el tanto por ciento, diríase dirigida por ángeles del cielo, según los pinceles que animaban las tablas y los buriles que animaban las piedras, poblándolas de eternos modelos, en cuyas formas se reproducía la perfección del clasicismo antiguo y en cuyas frentes brillaba la llama mística del ideal cristiano. Y á pesar de esto, debe decirse, en vista de cuanto pasaba, que caía el mundo moderno en un sensualismo semejante al que corrompió al antiguo mundo. Esta es la edad, en que los conclave llegaron á ser bolsas donde se cotizaban los nombres de los cardenales más ricos y se vendían las tiaras de los Papas al que ofreciera por ellas más dinero. A dos conclave asistió Alejandro VI sin optar al Pontificado porque no tenía aun bastante dinero para obtener tan cara y tan suprema prebenda. De esta suerte la reacción sensual del Renacimiento contra el espíritu asceta de la Edad media se exageraba en Italia; y tal exageración pedía una reforma, que la contuviese,

que la idealizase, como la reforma pura, ortodoxa, y en el fondo católica, traída por la vasta mente de Savonarola. Él, solo él, dando satisfacción también á las espiritualistas aspiraciones religiosas, daba cierto carácter sintético á una edad, que se perdía por exceso de culto al arte y al comercio. Mas el carácter de tránsito desde las edades guerreras á las edades modernas tiene en todas partes algo de lo que tiene en Italia, especie de modelo por sus Emperadores y por sus Pontífices, sobre el cual se calca toda la cultura moderna. Convengamos, pues, en que una reforma, como la ideada por el monje dominicano, hubiera conducido derechamente á la salud del mundo moderno y al esplendor de la cultura universal, porque al levantarse él á la cabeza de la Iglesia, y sino él su doctrina, hubiérase dado satisfacción completa á una de las primeras y mayores necesidades del alma.

Todo necesitaba reforma, pero especialmente aquella Italia, que viendo hasta entonces á todos los pueblos calcar su vida sobre la vida italiana, comenzaba tristemente á perder esta supremacía, convirtiéndose de la primera en la última de las naciones. Terrible estado el estado de Italia en la sazón precisa de aparecer el monje dominicano y lanzar á los cuatro vientos sus ideas. Los tiranos de Milan llamaban al Norte las irrupciones extranjeras, mientras al Mediodía se arraigaba más y más la dominación española; convertíanse los patricios de Venecia, que dieran á la gran ciudad la forma representativa y la libertad amplia, en una oligarquía recelosa, llena de sospechas y empujada por el terror al absolutismo; las dos instituciones capitales, el Pontificado y el Imperio, se restringían cada vez más y degeneraban de su antigua naturaleza y perdían la dirección del mundo, entregada la una al nepotismo y entregada la otra á la ligereza irremediable de vanos y superficiales representantes. Así no es mucho que todos cuantos estudiaban la lógica de los sucesos, al ver aquella Italia olvidada de la gran matemática de los principios y de la luminosa astronomía del pensamiento, presagiaran terribles catástrofes, capaces de anegar aquel nido de la inspiración, donde buscaba calor en toda la sucesión de la Edad media el espíritu humano y su conciencia. La idea de la patria iba poco á poco perdiéndose en los entendimientos; y las voluntades más enteras entregándose al extranjero y en el extranjero poniendo todas sus esperanzas. Los eruditos toman nombres griegos y roma-